La Iglesia en frente a la teoría de género y LGBT

Jarosław Kupczak OP

El mayor desafío para la enseñanza de la Iglesia en el campo de la verdad sobre el ser humano es hoy la llamada teoría de género impulsada por el "movimiento LGBT".

El nombre de este movimiento hace referencia a las personas que se identifican como lesbianas, gays, bisexuales y transsexuales; su objetivo declarado es luchar contra la discriminación y la exclusión social de estas personas. Este movimiento es un agrupamiento laxo de diversas asociaciones, organizaciones y particulares, por lo que resulta difícil hablar de un programa social representativo de todos sus participantes. Las personas que se identifican con el movimiento tienen distintas concepciones de lo que es esta discriminación y de lo que debería implicar superarla.

Según los teóricos del movimiento, la discriminación primordial consiste en la llamada opresiva normatividad heterosexual de las sociedades tradicionales, es decir, la creencia de que sólo la relación entre un hombre y una mujer merece ser llamada matrimonio y recibir derechos y privilegios. Según algunos líderes del movimiento, la normatividad heterosexual es la principal fuente de sufrimiento para las personas que viven su sexualidad de manera diferente. Por eso buscan redefinir el matrimonio y la familia para que las uniones entre personas del mismo sexo puedan disfrutar de los mismos derechos y privilegios que el matrimonio monógamo tradicional. Mencionan aquí la posibilidad de adoptar niños, la accesibilidad al método de fecundación *in vitro* y gestación subrogada. Según muchos miembros del movimiento, su verdadero objetivo debería ser una revolución cultural y jurídica radical, que diera lugar a una sociedad "sin diferencias de género".

¿Qué discriminación?

La Iglesia Católica señala que las personas con tendencias homosexuales deben ser tratadas "con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta" (CIC 2358). Hay que señalar, sin embargo, que el acrónimo LGBT remite en sí mismo a una antropología errónea y, por esta razón, no debería utilizarse en el debate eclesial.

Las personas que experimentan dificultades con su identidad de género a menudo están marcadas por una experiencia dolorosa. La enseñanza y los sacramentos de la Iglesia son fuente de gracia que cura las heridas y que lleva a la reconciliación consigo mismo, con los seres queridos y con Dios. Es importante destacar que la condición para esta curación y transformación, que conduce a crear "la nueva condición humana: justicia y santidad verdaderas" (cf. Ef 4,24), es verse a sí mismo y a sus heridas a la luz de la verdad de Dios. La curación interna no se consigue mediante teorías sociológicas o psicológicas, sino gracias al descubrimiento y la aceptación interna de la verdad sobre el hombre creado a "imagen y semejanza" de Dios como hombre y mujer. La consecuencia de aceptar la verdad es vivir de acuerdo con la verdad, lo que tradicionalmente llamamos conversión. Por eso, en la búsqueda de aceptación y legitimidad social, la Iglesia no puede permitirse olvidar que es "columna y fundamento de la verdad" (1 Tim 3,15). Por tanto, la Iglesia, proclamando la misericordia, debe recordar constantemente que los actos homosexuales, por su propia naturaleza, son intrínsecamente desordenados y contrarios a la ley natural. Por lo tanto, "no pueden recibir aprobación en ningún caso" (CCC 2357). Se trata aquí de la preocupación por la persona humana.

El sexo como vocación

Basándose en la Revelación Divina, a lo largo de dos mil años de reflexión sobre la palabra de Dios, la Iglesia Católica ha elaborado un rico compendio de conocimientos sobre el cuerpo humano, las diferencias de sexo, la sexualidad y la fertilidad. La verdad sobre el hombre y la mujer, arraigada en la obra de la creación, se basa en la creencia en la igual dignidad de ambos sexos, a pesar de la diferencia real entre ellos. La diferencia biológica y psicológica entre los sexos hace posible el mayor milagro de la historia de la humanidad: el amor que conduce a la concepción de una nueva vida. Del amor entre el hombre y la mujer, arraigado en la diferencia de género y el deseo sexual, se forma la familia, la forma más importante de organización social. La familia es el principal entorno formativo y educativo en el que cada persona aprende lo más importante para ser un ser humano: el cuidado y el respeto por los demás, la solidaridad, el compartir y el diálogo. No se trata de descreditar o menospreciar otras formas de cuidado mutuo, sino de recordar que nada puede sustituir un matrimonio amoroso, monógamo y fértil como fundamento de una sociedad sana. Cualquier estado que se preocupe por su futuro debería prestar una atención especial y preferente a los matrimonios y las familias estables.

Después del pecado original, la historia humana se convirtió en un espacio de olvido de la naturaleza propia del ser humano creado a imagen de Dios y del significado propio de la diferencia de género. En diferentes épocas, este olvido adoptó formas diferentes, pero siempre ha llevado a la ruptura de la unidad entre el hombre y la mujer y a la duda del amor. Según la triste profecía del Génesis (cf. Gn 3,16), la diferencia de género, especialmente para las mujeres, se ha convertido en fuente de discriminación y explotación. En la historia de Occidente, durante muchos siglos, ha existido una creencia misógina arraigada en la filosofía antigua, de que sólo el hombre es el ser humano pleno y que la mujer carece de alguna parte esencial de la naturaleza humana racional.

Unidad de cuerpo y alma

Como recordaba san Juan Pablo II, la comprensión actual del cuerpo y del género hoy en día está particularmente distorsionada por el dualismo antropológico. “La separación entre espíritu y cuerpo en el hombre ha tenido como consecuencia que se consolide la tendencia a tratar el cuerpo humano no según las categorías de su específica semejanza con Dios, sino según las de su semejanza con los demás cuerpos del mundo creado, utilizados por el hombre como instrumentos de su actividad para la producción de bienes de consume” – leemos en la “Carta a las familias”. Esto provoca “una dificultad específica para hacer notar lo esencial humano del propio cuerpo” y un sentimiento de “una específica humillación interpuesta por el cuerpo”, escribió el papa en “Hombre y Mujer los creó”. La depreciación de lo material y corpóreo es peligrosa para la sexualidad humana. El “nuevo maniqueísmo” lleva a considerar la sexualidad humana más como terreno de “manipulación y explotación”, y no como un lugar a través del cual brilla la riqueza de la vida personal de un hombre y una mujer. “El avergozamiento por el cuerpo” conduce a intentos de encontrar la identidad personal y sexual fuera del cuerpo o, a pesar de lo que nuestro cuerpo dice, en su estructura biológica y psicológica.

El Concilio Vaticano II subrayó que Cristo “con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (GS 22), incluso con aquellos que no pueden identificarse con lo que su cuerpo dice sobre el género en su estructura biológica y psicológica. Cada ser humano, con

sus heridas, dudas y dificultades debe entrar en el misterio de Cristo Salvador, “debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe «apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se actúa en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo”, como leemos en “Redemptor hominis”.

Si uno de los efectos del pecado original es la ruptura de la unidad interior del hombre: “la dificultad de identificarse con el propio cuerpo” o el “avergonzarse” a causa del cuerpo, uno de los primeros frutos de la gracia de Dios es la reconciliación del hombre consigo mismo; también con su propio cuerpo, que, en su feminidad o masculinidad, es obra de Dios y participa de la dignidad de la imagen de Dios (*imago Dei*) en el misterio de la creación. La reconciliación consigo mismo, fruto de la fe y de la gracia, es la condición para la reconciliación con los demás y la construcción común de una Iglesia y un mundo más justos.

El autor es profesor de teología en la Universidad Pontificia Juan Pablo II de Cracovia y en la Universidad Santo Tomás - Angelicum de Roma.

Destacar:
1. Según muchos miembros del movimiento, su verdadero objetivo debería ser una revolución cultural y jurídica radical, que diera lugar a una sociedad “sin diferencias de género”.

2. Del amor entre el hombre y la mujer, arraigado en la diferencia de género y el deseo sexual, se forma la familia, la forma más importante de organización social.